



Clemencio Fuentes

MEMORIAS DE UN COCINERO

Aebius

Memorias de un cocinero

Clemencio Fuentes

Memorias de un cocinero

Aebius

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

2011 MEMORIAS DE UN COCINERO

© Maria Luisa Fuentes de la Rosa

© 2011 Editorial: Aebius

C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España

Web: www.visionlibros.com

Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-15402-40-4

Descargado de: www.visionlibros.com

Disponible en papel y ebook

www.visionlibros.com

www.terrabooks.com

Pedidos a: pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a: subscripción@visionnet.es

Antes de que decidiera poner por escrito sus memorias, Clemencio Fuentes contaba cosas de su pasado, como es habitual entre las personas que han vivido mucho. Pero, al contrario de lo que también suele ocurrir, no se quedaba en las anécdotas, sino que frecuentemente dejaba ver la trayectoria que desde su infancia le llevaría a ser un destacado profesional de la cocina. Entre marzo y junio de 2010 me ha referido los recuerdos que el lector encontrará a continuación. Después de cada sesión, en la que él hablaba y yo tomaba notas, mi tarea se ha limitado a tratar de reproducir sus palabras de la forma más fiel posible en un relato escrito.

Victoriano Prieto

1. Infancia

La familia de Burujón. Las dehesas: Zurraquín, la Casa Meca, Loches. La escuela de la Quinta de Mirabel. Posadas y ventas de Toledo. Primera estancia en Madrid. Empieza la guerra.

Nací el día 16 de abril de 1923, en Burujón, un pueblo de la provincia de Toledo cercano a Torrijos. Mi padre, José Fuentes Maselli, pertenecía a la familia que tenía por apodo *Los Guindillas*. Había trabajado en la construcción de la primera línea del metro de Madrid, y cuando las obras acabaron se volvió al pueblo y se casó. Trabajó en el campo, pero por poco tiempo, ya que, después de nacer yo, el primero de sus hijos, le ofrecieron el puesto de guarda jurado de Zurraquín, una de las muchas fincas que los marqueses de Santa Cruz tenían en Toledo. Mi padre aceptó:

quizá le tiraba la profesión de su padre, que también había sido guarda.

Así, la familia se trasladó a Zurraquín, aunque mi madre, Eulalia González del Olmo, cada vez que iba a nacer uno de mis hermanos, volvía al pueblo para estar más atendida. A los dos años nació mi hermano Pepe, y dos años después Nicolás.

Mis abuelos paternos se llamaban Felipe Fuentes Velasco y Apolinaria Maselli Pinel; los maternos, Nicasio González y Nicolasa del Olmo. Los abuelos varones murieron antes de que yo naciera, y es curioso que ambos se hubieran casado en segundas nupcias y que cada uno aportase una hija a su nuevo matrimonio: hija de mi abuelo Nicasio era Felipa, con la que apenas tuve contacto; sin embargo con la tía María, hija del abuelo Felipe, sí tuvimos mucha relación, como contaré enseguida.

De mi abuela Apolinaria Maselli, a la que llamaban *Polina*, recuerdo que me daba, a la hora de la merienda, una perra chica para comprar una onza de chocolate “en ca la tía panaera”. Pronto tuvimos que ir a Burujón porque esta abuela de apellido italiano se estaba muriendo.

Yo tenía muy pocos años, quizá cuatro, y me preguntaban los del pueblo: “Canito, ¿cuándo te marchas?” (me llamaban *Cano* o *Canito* porque era muy rubio.), y yo, encogiendo los hombros, decía: “Cuando se muera mi abuela”. Mi respuesta les debía de hacer gracia, porque todo el que me veía me preguntaba lo mismo.

Como en la dehesa yo no hacía más que enredar, pasaba algunas temporadas en Burujón. Mi abuela materna, Nicolasa, tenía una taberna donde vendía su propio vino. Yo entraba en la bodega y me dejaban pisar la uva en el lagar con un primo un poco mayor que yo, Antonio, que era hijo de la tía Guadalupe, hermana de mi madre, y que todavía vive en Burujón. Con él también iba a la escuela los días que pasaba en el pueblo.

Siguiendo con los hermanos de mi madre, el hijo mayor de la abuela Nicolasa, Antonio, estaba casado con la tía Adela; fue administrador de la finca Alcubillete, al lado de las Barrancas, cerca de Burujón. El tío Basilio, el hermano pequeño de la familia, tenía muchos oficios: era el herrero del pueblo, y cuando yo iba a la fragua, me dejaba dar al fuelle; fue además el primer taxista

de Burujón, y en tercer lugar, era electricista. Él ponía las luces en las fiestas de Santiago, Santa Ana y San Pantaleón, que se celebraban del 25 al 30 de julio, y a las que a mi me gustaba mucho ir. Una vez, en las fiestas, me mandaron a comprar churros, y esperando en la cola me caí redondo al suelo atontado por los vapores del aceite. No sabía entonces lo que tendría que tragar después en tantos fogones.

Mi padre era el más joven de sus hermanos: uno de los mayores era el tío Celestino, quien después de hacer la mili en Galicia, se reenganchó y llegó a ser capitán en El Ferrol. Otros hermanos de mi padre eran el tío Feliciano, el tío Joaquín, de los que luego hablaré, y las tías Justina y Cipriana, que desde Burujón venían andando hasta la finca a visitarnos.

La tía María, a la que he mencionado antes como hija del primer matrimonio de mi abuelo paterno Felipe, estaba casada con el tío Pío, guarda de la finca de Estiviel, cerca del Tajo. Era yo muy pequeño y fui con mi madre a visitarlos, para lo que debíamos cruzar el río en una barca de remos. El río bajaba muy crecido por las lluvias, y la corriente nos arrastraba; enfrente de



1. Mi abuela Nicolasa tiene en brazos a mi hermano Pepe; yo estoy a la izquierda con mi madre, y a la derecha, mi tía Guadalupe con mi primo Antonio.

nosotros mi tía corría y explicaba a mi madre a voces y con gestos cómo debía manejar los re-

mos; así conseguimos alcanzar la otra orilla, mucho más abajo del lugar donde habíamos cogido la barca.

Con mi madre, que era muy atrevida, recuerdo haber corrido otras aventuras, como cuando íbamos a rebuscar aceitunas a unos olivos que había en el Cercado Barrado, en la carretera de Polán, a la entrada de Zurraquín -y si los guardas no nos veían, nos metíamos también en “lo lleno”, es decir, en los olivos que todavía no habían vareado-, o cuando, en la huerta del Tío Sordo, regada por el arroyo Guajaráz, mi madre “distría” algunos melocotones a riesgo de ser perseguidos por el dueño, que no nos oía, pero sí nos podía ver.

Mi tía María se quedó viuda, y con sus hijos se mudó de la finca Estiviel a Toledo, al barrio de Solanilla, al otro lado del Tajo pasando el puente de San Martín. Sus hijos eran: Joaquín, luego guardia de asalto, Paco, Mariano, que se hizo guarda forestal, y una hija adoptada, Romana. Con ellos estuve en varias ocasiones; en estas breves estancias en Toledo, yo iba a la escuela de Solanilla.

En Zurraquín habitábamos la casa de los guardas, contigua a la de labor. Tenía un corral,

donde criábamos un cerdo y gallinas. También teníamos una cabra y dos o tres ovejas. Estos animales estaban con los de los colonos, pero los nuestros los conocíamos bien. Al lado de la casa mis padres cultivaban hortalizas. Hacíamos matanza, pero sus productos eran un lujo. Para merendar, mi madre me daba un trozo de pan de la hogaza y me decía que cogiera un puñado de aceitunas de la orza donde las teníamos aliñadas para todo el año. Una vez, metí la mano y pesqué, junto a las aceitunas, un ratoncillo ahogado.

Mi padre tenía una borrica para nuestro uso particular. En la finca, para traer el agua del pozo, se le ponían aguaderas; pero para otras cargas le poníamos los *escobanillos*, que eran unos serones de forma cuadrada y no de embudo como es lo corriente. Cada ocho o quince días mi padre iba a Toledo a comprar con la borrica aparejada con los escobanillos, y a veces iba yo con él. Cuando llegábamos, dejábamos el animal en la cuadra de una posada, y nos íbamos a la compra. Volvíamos a comer: un plato de alubias o patatas guisadas y sardinas; era muy barato. Así llegué a conocer todas las posadas de Toledo: la posada de la Hermandad, junto al mercado y el teatro Rojas, la de la Sangre, bajando las escaleras del

arco de Zocodover, la del Miradero, el parador de San Martín. Este último estaba en la cuesta del Cambrón y era muy grande, con sus cuadras y pesebres para acoger el ganado.

También mi madre iba a Toledo a vender huevos a las pollerías, o un cabrito por Navidad, que habíamos criado y que también le compraban los polleros. Algunas veces yo iba con ella, y en una ocasión me hizo pasar un buen susto: al llegar a la altura de La Bastida, la borrica se espantó; caímos al suelo y mi madre se quedó sin conocimiento. Salieron a socorrernos del Cigarral de Arís, y gracias a ellos pudimos seguir adelante.

Teníamos además una yegua, y mi padre llevaba el potro que le daba cada año a la feria de agosto, que se celebraba en la Vega, donde hoy se alzan los Bloques. Entonces allí sólo había un pilón donde bebía el ganado. Para protegernos del calor, mi padre alquilaba un *gango*, que era el nombre que se daba al espacio cubierto por un toldo. En la feria nos pasábamos todo el día. A mí me gustaba ir a Toledo con cualquier motivo. Mi madre se cuidaba mucho de que me pusiera una camisa limpia en esas ocasiones.